

MORTIS CODEX

VÍCTOR GÓNGORA CERVANTES

Músico



Se cuenta que existió un pueblo. Uno que como pocos hubo, en cierto tiempo, en cierto país. Y aunque no se conoce la exactitud de los datos, ni hace cuánto tiempo fue, ni por dónde estaba, sólo se conoce su leyenda. Se dice que la gente vivía bajo un pensamiento singular y constante, estaban bajo la influencia de la muerte, pero no como algo malo. El fallecer no era una amenaza, sino un lujo que llenaba a la gente de alegría, era un suceso altísimo y sublime, pues la muerte dominaba la ideología del pueblo.

Se dice que en aquel pueblo la gente vivía poco tiempo. La esperanza de vida era de alrededor de unos 25 o 30 años a lo mucho. Ser un anciano era un concepto totalmente diferente. Sin embargo, este hecho no era triste para los habitantes, ya que cuando uno de los hombres se enteraba de que estaba a punto de morir (y se enteraban gracias a los doctores, que tenían la facultad de dar una fecha límite de vida), la persona no podría estar más contenta. Decían cosas como:

—Oye, ¿adivina de qué me enteré hoy, hermano?

—¿De qué?

— ¡Me enteré de que tal vez me moriré para el viernes o el sábado!

— ¡Maravilloso, qué buena noticia!, ¡eso hay que festejarlo!

Hacían fiestas premortuorias. Los amigos y familiares se juntaban para celebrar los últimos días de aquel que moriría. Bebían y comían en cantidades sumamente dañinas para el cuerpo humano, con alimentos sucios, casi tóxicos. Se fumaba intensamente. Se lamían las manos constantemente en búsqueda de bacterias y virus para ingerir, ya que cosas como la higiene y la limpieza personal eran mera vanidad.

Aquellos que tenían 23 años de edad, de voz apenas madurada, punto de ebullición juvenil, se regocijaban con los más pequeños de que su hora final estaba cerca. No obstante, existió un verdadero temor en ese lugar: la prolongación extrema de la vida. Los niños tenían pesadillas más o menos así:

—¿Qué pasa, hijo?

—Mamá, soñé que caía en un pozo profundo. Caía muy rápido y la luz se iba apagando aún más. Y luego, cuando vi mis manos, estaban arrugadas. Mamá, ¿no me podía morir!

Aunque se podía ver una sociedad muy similar a la de hoy en día, con un ambiente colorido y cargado de felicidad veraniega, la muerte era presente, aceptada y ansiada. Los pobres tenían que esperar hasta fallecer de causas naturales. Una escena típica era el padre comiendo con su familia, él en el centro, su esposa a un lado de la mesa, sus dos hijos al otro. De pronto, el padre comienza esa tos insistente y seca, capturando la atención de la familia. El malestar aumentaría, sus ojos se cerrarían mientras sus manos se colocarían sobre su cuello. Y así de rápido, el amado padre yacería en el suelo, ahogado, con su rostro rojo tornándose al pálido de la muerte. Pero sobre todo feliz, así como la familia, mostrando un orgullo sudado en lágrimas y sostenido en sonrisas.

—Mira, mamá. ¡Mi papá ya se murió!

—¡Ay, hijo!, ¡qué hermoso! Ve a llamar a los hermanos de tu papá. Se van a poner felices. ¡Hay que celebrar!

Era el sentimiento de alegría que iluminaba los rostros de aquella familia, al saber que su padre ya no tendría que preocuparse por esta vida, que al final sólo significaba sacrificio, injusticia y sufrimiento; por supuesto que era una buena noticia. Inclusive, el gobierno daba recompensas de dinero y propiedades a todas las familias de escasos recursos que acabaran de tener una muerte en la familia. Las madres viudas (una denominación que las mujeres podían llevar con orgullo), los hijos huérfanos y el resto de la familia, excepto abuelos, que obviamente no podían existir, iban al templo en acto de agradecimiento. La religión era completamente distinta, pues en vez de tratar de calmar a sus feligreses acerca de la muerte, la adoraban y concebían como un milagro: “¡Alabado sea Dios, ahora encuentra el descanso eterno!”, decían los sacerdotes.

La gente no tenía problemas con las epidemias o guerras, ni culpaba o seres supremos por quitar la vida de un inocente. No había asesinatos trágicos, sino divertidos o inteligentes. Un Dios justo era aquel que daba muerte ecuánime y temprana.

En cambio, la clase alta era la más favorecida. Como dar fin a la vida era un asunto altamente demandado, armas, cuchillos, y todo lo que pudiera causar serias heridas, enfermedades terminales o lo que sirviera para matar era costoso, y sólo familias acomodadas podían darse el lujo de tenerlos. Los productos de cada día estaban contaminados con sustancias tóxicas en una medida justa para que pudieran consumirlos, según qué tan pronto se quisieran morir. Las esposas de los negociantes más ricos, que generalmente eran controladores de funerarias poderosas, tenían lujos sobre este asunto; privilegios como doctores especializados en abortos, que tenían la capacidad de matar al niño en cualquier etapa del embarazo sin que la madre sufriera riesgos, a menos de que ella lo quisiera así. Los empresarios tenían un sitio especial en el suelo de sus residencias, donde se arrojaban desde lo más alto y caían en la plaza, de donde después sus sirvientes limpiaban sus restos. El suicidio lanzándose al vacío era la tendencia.

Pero, repentinamente hubo un día en el que todo cambió, hubo un día en que las personas no podían morir tan fácilmente, las enfermedades mortales desaparecieron, no había virus, no había cáncer,

nada. Hubo una crisis económica grande, en la que escaseaban las armas. Poco a poco, la gente empezó a vivir más tiempo. La esperanza de vida aumentó hasta los 40 o 50 años, después incrementó a más años de vida. La población estaba aterrada. Empezaron a notar que sus cuerpos cambiaban, sus pieles perfectas empezaban a llenarse de arrugas, su organismo y sus sentidos se hacían cada vez más lentos, y entonces bautizaron a este estado como la vejez.

Los primeros ancianos se desesperaban con facilidad, y entraban en un estado de odio incontrolable, pero impotente; sus vidas se apagaban lentamente, y la tristeza de sus melancólicos corazones era insoportable. Así se fueron una, dos, tres generaciones, y cada generación que pasaba se adaptaba más a este hecho. De pronto, pasó el tiempo y la gente no tuvo más remedio que adaptarse a la vida prolongada, poco a poco se fue degradando y destruyendo el recuerdo de lo que fueron los gloriosos tiempos de la muerte. Las nuevas generaciones cambiaron su parecer y empezaron a ver la muerte como un problema y como algo a lo que había que temerle. Los años dorados de aquel pueblo se convirtieron en una leyenda, un rumor vago, y luego en fantasía, para que al final sólo quedara el olvido.

Ahora la gente sólo vive para evitar su muerte y prolongar la vida. El sistema de salud cambió, así como la cultura y las costumbres. El comercio se concentró en productos que daban salud al organismo y lo proveían de vida; los funerales se hicieron tristes y amargos. El pueblo donde se originó todo, fue abandonado y repoblado más tarde bajo nuevas concepciones. La vida se tornó invaluable.

Pero hay quienes creen que no todo se perdió. En una parte de nosotros, aún quedan las huellas de lo que pasó en tiempos ancestrales, nuestra herencia aún clama el *modus cogitandi* de aquellos tiempos. Se dice que en cada suicidio, en cada pensamiento de desinterés por la vida, o cuando alguien piensa en la eutanasia, la flama de nuestro antepasado enardece. Ahora ya no se comprende por qué hacemos eso y lo juzgamos como inmoral. Pero sólo es que la muerte ya no puede ser lo que fue, algo común, hermoso, como cualquier otro fenómeno de la naturaleza humana. Desde entonces, nos aferramos a la vida, porque olvidamos qué bella era la muerte.